

Víctor Colden

Inventario del paraíso



LIBROS CANTO Y CUENTO

PRÓLOGO
LA BÚSQUEDA DEL TESORO I

*DE tanto insistir, Jose había terminado por convencer-
nos: en el jardín de los abuelos se escondía un tesoro
muy antiguo. Se lo había dicho su padre, el padrino Iván,
a quien se lo había contado un amigo que a su vez lo había
oído de otro que trabajaba en el museo de Málaga: el resto del
tesorillo encontrado por el profesor Laza Palacio hacía muchos
años en una cueva del Rincón de la Victoria, no se ocultaba
ahí, en la misma cueva, sino en la zona del Limonar, y lo más
probable es que estuviera enterrado en algún punto de Las
Palmeras. Bastaba con saber dónde buscar y luego excavar
muy hondo. Lena decía que eso eran paparruchas, que no
había ningún tesoro, y que lo buscáramos si queríamos, que
íbamos a perder el tiempo. Y se iba a leer un libro de Torres
de Mallory o a bordar con la abuela Lola un abecedario
en punto de cruz, mientras Jose nos decía a Juanito y a mí
que iba a ser perita si lo encontrábamos, y que por qué no
empezábamos a buscarlo ya.*

*Una noche que se quedó a dormir con nosotros en Las
Palmeras, charlando a oscuras de cama a cama, insistió Jose
con tanto entusiasmo que acabamos hablando de qué haría-
mos con el tesoro cuando diéramos con él. Nos había conven-*

cido. Yo pensaba que esas cosas solo pasaban en los libros y en las películas, y no me fiaba mucho de Jose, porque siempre estaba proponiéndonos planes raros e imposibles. Además, no teníamos mapa del tesoro. Pero Juanito y yo también le habíamos oído hablar a mamá de ánforas romanas de garo desenterradas cerca de Torremolinos y de don Manuel Laza Palacio, que le había dado clases de latín cuando era niña y que años después había descubierto seis dinares de oro metidos en un candil dentro de esa cueva del Rincón de la Victoria, cerca de la Cala del Moral, adonde a veces íbamos a la playa. Así que, ¿por qué no? ¿Los fenicios, los romanos, los moros o los vikingos no podían haber enterrado en Las Palmeras parte de un botín? Y si el padrino Iván lo decía... A la mañana siguiente, Jose, Juanito y yo cogimos un pico y una pala del garaje del abuelo y salimos al jardín sin saber por dónde empezar.

Nuestra búsqueda del tesoro duró dos o tres veranos. Nos íbamos al huerto, elegíamos un punto cualquiera y nos poníamos a picar. Luego, cuando nos cansábamos, tapábamos el hoyo. Pero a veces, al excavar, rompíamos una mata de habas o de pimientos, o dejábamos el agujero allí hecho, en medio del cuadro, porque nos íbamos corriendo al salón a ver La casa de la pradera, Shazzan o Pippi Calzaslargas, y se nos olvidaba volver después a rellenarlo, y el abuelo se enfadaba mucho, mierdadeniños, decía, y mecagüenlaleshe, y mamá nos regañaba. Por lo menos los hoyos que hacíamos en el huerto podían cubrirse fácilmente. Los de la hierba costaba

mucho más taparlos. La tierra de debajo de los chinos era la más dura: casi imposible cavar en ella, aunque alguna vez lo intentamos con mucho esfuerzo. Además, no podía vernos nadie trabajar, y si nos pillaban Paquico o el abuelo, les decíamos que estábamos buscando lombrices y cochinillas. Cuando venían los Héctor de Cádiz o de Foz, interrumpíamos la búsqueda mientras se quedaran en Las Palmeras, porque con ellos iba a ser todo un caos, iban a querer ir por libre y Héctor a lo mejor intentaba quitarme el puesto de jefe del comando, aunque era un año menor que yo. Para mí lo mejor de buscar el tesoro era que por fin tenía algo que apuntar en las libretitas de papel cuadriculado que cogía de la librería del abuelo. Nunca había sabido qué escribir en ellas, pero ahora anotaba los sitios en los que habíamos cavado, y cómo de bon-do, y los que nos quedaban por explorar, y si encontrábamos el cofre pensaba hacer una lista completa y detallada de su contenido.